Lagascalia 29: 359-372 (2009)

NOTAS NECROLÓGICAS

ELENA PAUNERO RUIZ
(1906 - 2009)



El pasado 9 de marzo falleció en Madrid la eminente agrostóloga doña Elena Paunero Ruiz. Había nacido en Valladolid el 21 de septiembre de 1906, pero se educó y desarrolló su actividad profesional en Madrid durante medio siglo, en el Real Jardín Botánico. Siendo todavía alumna del Instituto de Bachillerato de San Isidro, su afición por las Ciencias Naturales la empujó a asistir con regularidad a las sesiones científicas que la Real Sociedad Española de Historia Natural celebraba en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, de la cual se hizo socia en 1926, año en el que con solo 20 años de edad obtuvo la Licenciatura en Ciencias Naturales por la Universidad de Madrid.

En 1924, todavía en el ecuador de su Licenciatura, doña Elena se incorporó al grupo de Micología de la Junta de Ampliación de Estudios, el más presti-

gioso en investigación existente en Madrid por aquellos años, completando su Tesis Doctoral sobre cultivos de Erisifales, por la que obtuvo no sólo el título de Doctora, sino el Premio Extraordinario de Doctorado por la Universidad de Madrid, la única en España que expedía por entonces dicho titulo.

En 1927 había obtenido por oposición la plaza de preparadora técnica de la Sección de Fitografía del Jardín Botánico de Madrid, y fue nombrada ese mismo año Ayudante de la Cátedra de Fitografía de la Universidad Central. Sería después nombrada Conservadora de la Sección de Herbarios del Jardín Botánico en 1931 y Profesora Adjunta de Ciencias Naturales del Instituto de Enseñanza Media San Isidro de Madrid en 1935. En 1946, con el Jardín Botánico de Madrid ya incorporado al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Doña Elena fue nombrada Ayudante de la Sección de Herbarios, participando además en las tareas docentes de la Universidad como Auxiliar de la Cátedra de Fitografía y Geografía Botánica desde 1940 y de la de Ecología Vegetal desde 1941 a 1949. En 1962 doña Elena fue nombrada Jefe de la Sección de Herbarios y en 1964 Investigadora Científica del Jardín Botánico de Madrid. Ya en esa fecha se puso de manifiesto el antagonismo entre el recién nombrado Director del Jardín Botánico, D. Francisco Bellot y Doña Elena, quien no podía entender muchas de las decisiones tomadas por D. Francisco, por el que fue tratada desconsideradamente, lo que motivó la jubilación anticipada de doña Elena, que cesó en su puesto el 6 de marzo de 1973.

Durante los diez primeros años de su vida profesional, doña Elena se dedicó a la Micología, materia en la que publicó varios trabajos. Pero la guerra civil, los años que la precedieron y los inmediatamente posteriores, significaron para el Jardín Botánico un periodo de penuria en el que la falta de medios hacía difícil el desarrollo de las investigaciones de Micología. Consciente de las limitaciones, Doña Elena propuso a D. Arturo Caballero, Director del Jardín Botánico, un cambio en su actividad científica, para dedicarse al estudio de las Gramíneas españolas, publicando ininterrumpidamente sus trabajos entre 1946 y 1975, en su mayoría en los *Anales del Jardín Botánico de Madrid*.

Doña Elena fue un investigadora incansable y eficaz, que puso toda su inteligencia y dedicación en las tareas que desarrolló en el Jardín Botánico, tanto en sus trabajos de investigación, como en sus tareas como conservadora de herbarios, siendo responsable de la organización y disposición de los numerosos materiales acumulados en el Jardín, incluidas las colecciones de plantas, láminas y manuscritos resultantes de las expediciones científicas americanas desarrolladas en el siglo XVIII.

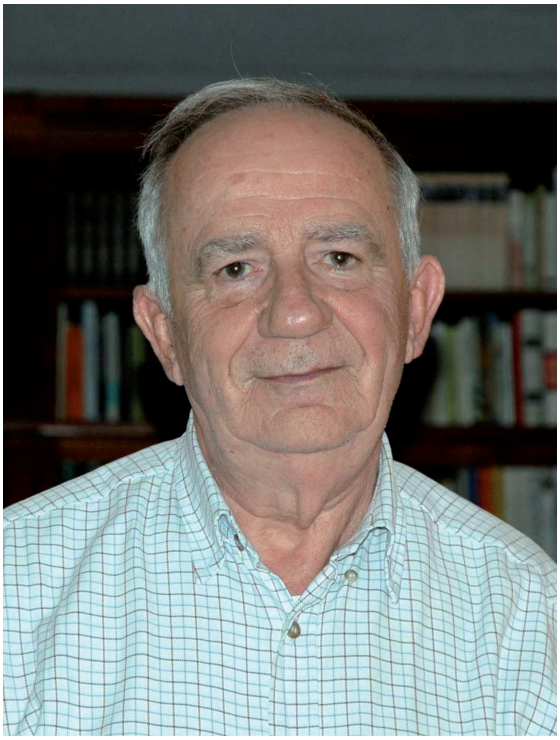
Mantuvo una estrecha relación con el Departamento de Biología Vegetal y Ecología de la Universidad de Sevilla durante sus primeros años de existencia, a través de su primer Catedrático, D. Emilio Fernánez-Galiano, que había sido Director en Funciones del Jardín Botánico de Madrid 1963 a 1964, periodo

en el que doña Elena fue su mano derecha como Vicedirectora del Jardín. Fue testigo además de la fundación y primeros años de singladura de la revista *Lagascalia*, que comenzó a editar el Departamento en 1970, cuyos números esperaba doña Elena con impaciencia, quién aconsejó continuadamente y criticó cuando fue necesario la marcha y el contenido de la revista.

Su fallecimiento ha supuesto una pérdida irreparable par al Botánica española. Había cesado su actividad investigadora en 1973, siendo su última publicación de 1975. Pero siguió al corriente durante muchos años de la actividad de los botánicos españoles, a través de sus publicaciones y de la información que regularmente le trasmitíamos los que habíamos sido sus amigos, colaboradores o discípulos.

B. Valdés

CÉSAR GÓMEZ CAMPO
(1933 - 2009)



Fotografía con la que figura el Prof. César Gómez Campo en el Cuadro de Honor del Jardin Botánico "Vieira y Cavijo" de Gran Canaria desde que recibió la Insignia de Oro de dicha Institución en 2002.

El Prof. Dr. D. César Gómez Campo falleció el pasado 5 de Septiembre. Había nacido en 1933 y tras cursar sus estudios secundarios y universitarios obtuvo el título de Doctor Ingeniero Agrónomo por la Universidad Politécnica de Madrid. La Escuela Superior de Ingenieros Agrónomos de Madrid ha sido el centro en el que desarrolló prácticamente toda su dilatada carrera docente e investigadora, particularmente a partir de 1965, año en el que obtuvo la Cátedra de Organografía y Fisiología Vegetal de dicha Escuela. Fue Director del Departamento de Organografía y Fisiología Vegetal y a partir de 1987, tras la reforma universitaria, del de Biología Vegetal de la Universidad Politécnica de Madrid.

Su actividad científica ha sido muy dilatada, siendo autor de más de 250 artículos científicos, libros y capítulos de libros. Sus primeras investigaciones

se centraron en el efecto de las radiaciones ionizantes en plantas, desarrolladas en el Campo de Radiaciones Gamma del INIA del Encín, en el cual dirigió durante 12 años el Departamento de Aplicaciones de la Energía Nuclear a la Agricultura. Pero pronto centró su actividad en el campo por el que sería mundialmente conocido, el de la conservación vegetal, en el que ha sido pionero en nuestro país en aspectos diversos que han tenido desde los años sesenta del pasado siglo un desarrollo creciente del que ha sido en buena parte impulsor Cesar Gómez Campo.

Se preocupó por conocer cual era la situación de amenaza de la flora nativa de nuestro país en particular y de la Región Mediterránea en general, y su actividad en este campo destaca notablemente en dos aspectos diferentes pero complementarios: la conservación de la flora amenazada y la protección *ex situ* de la diversidad vegetal en bancos de germoplasma.

A principios de los años ochenta, Gómez Campo puso en marcha el primer estudio sobre la flora amenazada de la Península Ibérica e Islas Baleares. Fue un trabajo colectivo para el que contó con 70 botánicos de todo el país, que puede considerarse como un proyecto pionero de cooperación en un colectivo en el que, quizás por el tipo de sus investigaciones, había primado la individualidad. Pero es que una de las cualidades de César Gómez Campo fue la facilidad con la que se comunicaba con todos sus colegas, que acabamos siendo sus amigos más que sus colaboradores, en justa correspondencia a la amabilidad, cordialidad y amistad con la que se relacionaba con sus colegas, colaboradores y discípulos. Fruto de esta colaboración fue la publicación en 1987 del Libro Rojo de Especies Amenazadas de España Peninsular e Islas Baleares, precursor de los que han ido apareciendo con posterioridad. Fue seguido por la publicación en 1996 del Libro Rojo de Especies Vegetales Amenazadas de la Islas Canarias, para el que contó prácticamente con todos los botánicos de las Islas Canarias activos en aquellas fechas.

La segunda preocupación de César Gómez Campo fue la conservación para la posteridad de la diversidad de la flora silvestre, cada vez más amenazada sobre todo por la actividad humana. Comenzó así a formar, en 1966, un banco de semillas para la conservación *ex situ* de las especies. Sólo existían entonces tres, además dedicados a plantas cultivadas: los de San Petersburgo, Gatersleben y Fort Collins. El que ha formado César Gómez Campo en la Escuela Superior de Ingenieros Agrónomos de Madrid ha sido el primero dedicado a la conservación de flora silvestre. Cierto que alberga también semillas de especies cultivadas, pero la gran mayoría de las más de 10.000 muestras que acumula, pertenecientes a más de 3.500 taxones corresponden a especies silvestres, sobre todo de la Península Ibérica.

La recolección de materiales para el Banco de Semillas se ha debido fundamentalmente a la actividad directa de Cesar Gómez campo, quien durante casi

medio siglo ha recorrido toda la Región Mediterránea, en sentido amplio, desde Portugal y Marruecos hasta Irán y Pakistán y la Región Macaronésica, tras la búsqueda de muestras de semillas y sus testigos, en particular de Crucíferas. Solo, o mas frecuentemente acompañado de sus colaboradores, ha realizado expediciones del más variado carácter, a veces rayanas en la aventura. Aprovechaba al máximo los recursos económicos de que disponía, se integraba en lo posible en las costumbres de los países que visitaba, e iba siempre provisto de un pequeño diccionario de frases para poder utilizar las mas usuales en cada país, como yo mismo he tenido ocasión de comprobar en varias ocasiones.

Pero contó también con la colaboración de numerosos botánicos, jóvenes y no tan jóvenes, como César ha escrito alguna vez, que han recolectado muestras de semillas de plantas silvestres, sobre todo endémicas y amenazadas con destino al Banco de Semillas de Madrid, a través del Proyecto Artemis, que organizó Gómez Campo con gran éxito

Gómez Campo sentía especial predilección por la familia Crucíferas, en la que centró su actividad como taxonomista, siendo responsable de la descripción de 13 taxones nuevos para la Ciencia y de la publicación de 69 combinaciones nuevas, 35 de ellas bajo el género *Guenthera* Andr., que Gómez Campo reconoce separado de *Brassica* L. Dos especies de Crucíferas endémicas de la Península Ibérica inmortalizan su nombre: *Diplotaxis gomez-campoi* que le dedicó su discípulo Martínez Laborde en 1992 (*D. ilorcitana* (Sennen) Aedo, Mart.-Ladorde & Muñoz Garm.) y *Erysimum gomezcampoi* Polatschek, que éste botánico le dedicó en 1979.

La comunidad científica nacional e internacional ha reconocido la trascendencia de las investigaciones del Prof. Gómez Campo, concediéndole numerosos premios y distinciones. De obligada presencia en cuantos foros sobre conservación se han celebrado, notaremos en el futuro con nostalgia y cariño la ausencia de tan notable investigador y tan entrañable amigo.

B. VALDÉS

SANTIAGO CASTROVIEJO BOLIBAR
(1946 - 2009)



Fotografía tomada en Madeira en el curso de una de las expediciones botánicas organizadas por Castroviejo.

Santiago Castroviejo Bolibar nació el 27 de agosto de 1946 en Tirán, Moaña (Pontevedra), se licenció en Ciencias Biológicas el 30 de junio de 1969, en la Universidad Complutense de Madrid, se doctoró, también en Ciencias Biológicas, en la misma Universidad el 1 de octubre de 1972, y murió en Madrid el 30 de septiembre de 2009.

Durante su larga vida profesional ocupó diversos puestos. Desde 1969 hasta 1974 fue nombrado Profesor Adjunto Interino de Botánica en la entonces Sección de Biología de la Facultad de Ciencias de la Universidad Complutense de Madrid. En 1974 obtuvo por oposición la plaza de Colaborador Científico, en 1986 la de Investigador Científico y en 1990 la de Profesor de Investigación, todas ellas adscritas al Real Jardín Botánico de Madrid, del Consejo Superior

de Investigaciones Científicas. En esta institución fue primero Secretario y posteriormente, durante 10 años (1984-1994), Director. Durante la etapa de Director, Santiago Castroviejo se marcó una meta realmente ambiciosa: situar al Real Jardín Botánico de Madrid en uno de los centros más importantes de Europa para el estudio de la Flora Mediterránea e Iberoamericana. Para ello modernizó las colecciones científicas de plantas existentes, organizó numerosas expediciones científicas por diversos países con el objetivo de aumentar las colecciones, creó sistemáticamente seminarios semanales para la identificación de las plantas recolectadas durante las expediciones, e impulsó de forma notoria las cadenas de etiquetado, montaje e inclusión en el herbario de las plantas que llegaban a la institución.

Santiago era consciente de que la Biblioteca también había que modernizarla para que todos los investigadores estudiosos de las plantas encontraran en ella la solución a sus problemas de nomenclatura. Los fondos de la biblioteca eran realmente importantes, pero se necesitaba completar los números de las revistas incompletas, libros clásicos de Botánica de los siglos XVIII y XIX de los que la institución carecía, así como revistas antiguas del siglo XIX. Todo ello lo consiguió Santiago Castroviejo durante los 10 años como Director de la Institución.

Con su gestión, el Real Jardín Botánico de Madrid se convertiría en un centro de gran prestigio internacional para la investigación de las plantas.

Además de su gran labor como gestor, Santiago Castroviejo fue un infatigable y entusiasta investigador de las plantas en dos de sus principales territorios: Iberoamérica y la Península Ibérica.

Desde 1975, el Prof. Santiago Castroviejo sintió una especial predilección por la conservación de espacios protegidos de Iberoamérica, sobre todo de Venezuela, Colombia y Panamá. Sobre estos territorios consiguió liderar cinco proyectos de investigación. Fruto de estos proyectos, editó en 1977 el libro "Flora y Fauna del Parque Nacional de Coiba (Panamá)", también en 1977 la "Guía de Campo del Parque Nacional de Coiba (Panamá)", y en 2006 "Estudios sobre la Biodiversidad de Bahía Honda (Veraguas, Panamá)", además de la publicación de varios artículos científicos y la dirección de varias tesis doctorales sobre estos temas americanos.

La Península Ibérica es uno de los centros de mayor biodiversidad continental del Planeta, sobre todo la España peninsular, pero los conocimientos científicos que se tenían de la diversidad de plantas del Mundo Ibérico eran muy limitados y escasos hasta bien entrada la década de los 80 del siglo XX. La Península Ibérica contaba entonces con tres floras vasculares, dos de Portugal, la de Xavier Pereira Coutinho de 1913 y la de Gonzalo Sampaio de 1947, y una de España Peninsular, la del sajón Heinrich Moritz Willkomm, editada durante los últimos 30 años del siglo XIX. Desde entonces, infinidad

de especies nuevas para la ciencia se han descubierto en el territorio español, descubrimientos quizás impulsados por las ediciones de los diferentes volúmenes que conforman Flora Europaea, editados entre 1964 y 1980. Estas eran las únicas herramientas de que disponíamos los estudiosos del medio natural terrestre, tales como fitosociólogos, geógrafos, agrónomos, ecólogos, forestales, taxónomos etc., realmente valiosas, pero habían quedado anticuadas debido principalmente a la extraordinaria diversidad de plantas que contienen nuestras grandes cordilleras, sobre todo las del Mundo Mediterráneo.

Santiago Castroviejo era consciente de la necesidad de una flora de la Península Ibérica, descriptiva e ilustrada y en el año 1979, un grupo de Investigadores del Jardín Botánico de Madrid y del Instituto Pirenaico de Ecología, liderados por Santiago Castroviejo Bolibar, presentaron, a la entonces CAICYT, un esbozo de proyecto sobre la Flora Española y dicho proyecto se convertiría en el embrión de la Flora vascular de la Península Ibérica y del archipiélago de Baleares, la denominada "Flora Iberica". Todos lo proyectos concedidos por el Ministerio español desde 1982, ininterrumpidamente hasta la actualidad, han sido dirigidos por Santiago Castroviejo y después de casi 30 años de investigación se han publicado trece volúmenes y tres más que están en distintas fases de edición, todos coordinados también por Santiago Castroviejo. El final de esta Flora está cercano, pues las familias que quedan, compuestas y gramíneas, se encuentran ya muy avanzadas.

Por fin la Península Ibérica tendrá una flora vascular realizada principalmente por investigadores españoles con la calidad científica de las mejores del Mundo, el sueño de nuestros mejores botánicos, tales como Antonio José Cavanilles, Mariano La Gasca, Carlos Pau o Pio Font i Quer.

Todo esto no hubiera sido posible sin la dirección y el entusiasmo de Santiago Castroviejo Bolibar, el cual aglutinó con verdadera maestría a la mayoría de los taxónomos vegetales europeos, sobre todo los peninsulares y estimuló a las distintas instituciones científicas, depositarias de los herbarios, para que prestasen sus materiales para la confección de los géneros.

Tras una larga enfermedad, que en absoluto le impidió el quehacer de su Flora iberica, Santiago Castroviejo Bolibar pasó los dos últimos meses de su vida con su familia en su Tierra Natal, Moaña, donde recibió en distintos momentos a todos sus amigos. El 27 de septiembre regresó a Madrid y trabajó en el Jardín Botánico hasta el día antes de su muerte, entre las galeradas del volumen XII de Flora iberica.

El 13 de noviembre de 2009, el Ministerio de Ciencia e Innovación, le concedió el Premio Nacional de Investigación "Alejandro Malaspina", justo premio a un hombre de bien, infatigable y entusiasta investigador.

SALVADOR TALAVERA

OSWALDO SOCORRO ABREU
(1949 - 2009)



Han pasado los años, desde aquél octubre de 1978, en que por vez primera conocí su maestría en la docencia de la Botánica, como a él le gustaba "en el campo", observando las plantas con toda la ilusión que la naturaleza puede ofrecer.

Ese mismo día, con una generosidad digna de elogio, me ofreció su talento y sus conocimientos, para que junto a él, iniciara mis pasos en el apasionante mundo de la vida vegetal, hecho que marcaría mi vida, pues desde entonces, este campo del saber ha ocupado mi tiempo, esfuerzos y como no, mi felicidad.

Esos primeros años formamos un equipo inseparable, siempre inquieto, para conseguir que la tesis de licenciatura sobre la flora y la vegetación de los yesos y saladares de Granada fuese un trabajo digno y responsable. En ese momento contábamos, además, con el apoyo de D. Fernando Esteve Chueca, maestro en la investigación que sobre Sierra Arana, fue motivo de su tesis doctoral, quien le ofreció además la posibilidad de venir a nuestra ciudad desde su Canarias natal… "nunca perdió ese acento tan especial en su forma de hablar".

Tras la tesina, un nuevo impulso nos llevó a la preparación de artículos científicos para su publicación en revistas de alta especialización: vieron la luz algunas aportaciones para la flora de Granada, comunidades vegetales nuevas o poco conocidas, especies nuevas (siempre hemos recordado nuestras anécdotas con el Limonium malahaense) y, como no, las exiccatas que durante varios años nos proporcionaron mucho trabajo y buenos ratos en las campañas botánicas que con otros compañeros disfrutamos por toda Andalucía.

Además, durante estos treinta años, su fidelidad a las dos líneas de investigación que más le entusiasmaban, obtuvieron de su parte unos prolíficos resultados. La minuciosidad en los estudios taxonómicos de las "sideritis" y la paciencia para identificar los pólenes que forman parte de las mieles que consumimos, se plasmaron en excelentes libros y artículos que han quedado para el disfrute y admiración de la comunidad científica.

Sus estudios de Biología y Farmacia le animaron a impartir docencia en ambas facultades, teniendo un reconocimiento unánime del alumnado, en cuanto a su excelencia, impartiendo lecciones magistrales de Botánica.

También los miembros del departamento hemos disfrutado de su compañía, tertulia, buenos consejos y, cómo no, una "cerveza fría" después de un agotador pero reconfortante día de campo.

Te has marchado tranquilo, en el tenue sueño de una noche temprana de otoño, pero cuesta, cuesta mucho pensar en tu ausencia, aunque estoy seguro de que todos nos volveremos a encontrar en el infinito de nuestras creencias.

Oswaldo, amigo, gracias.

Francisco Pérez Raya